

VICENTE G. OLAYA

LA COSTURERA
QUE ENCONTRÓ
UN TESORO
CUANDO FUE
A HACER PIS

Y OTRAS HISTORIAS
DE LA ARQUEOLOGÍA
EN ESPAÑA



Tesoros de leyenda, yacimientos milenarios, robos y expolios... un recorrido apasionante por los hitos de la arqueología de nuestro país.

Desde hace algún tiempo, los artículos y reportajes en *El País* de Vicente G. Olaya sobre cuestiones relacionadas con la historia y el patrimonio de nuestro país han suscitado un gran interés entre los lectores.

Con el tono tan apasionado como desenfadado y, cuando la ocasión lo requiere, polémico que le ha dado fama, en este libro relata los principales hitos en el desarrollo de la ciencia arqueológica.

Descubriremos de su mano el hallazgo del yacimiento del cerro de los Batallones, uno de los más interesantes del Mioceno en nuestro continente, pasando por la dama de Elche y el engaño a los nazis, los tesoros perdidos de Guarrazar y Medina Azahara, hasta llegar a la batalla del Jarama, con un palacio que escondía un búnker, o el galeón San José, que se hundió cargado de lingotes y monedas de oro y plata, tras ser atacado por la flota inglesa en la batalla de Barú, frente a las costas colombianas, y que permaneció oculto bajo las aguas del Caribe más de tres siglos.

*A mamá y papá Sagrario y Vicente, siempre en
mi recuerdo;
a mamá Carmen, por confiar en mí desde el
primer día;
a Ana, Marta, Mónica y Patricia,
por cada segundo que reímos juntos.*

PRÓLOGO

En marzo de 1994, el joven periodista llegó a Carabaña, un pequeño pueblo madrileño a orillas del escaso río Tajuña. Su redactor jefe le había encargado que trajese noticias de esos reducidos municipios donde nunca llegaban los reporteros de la prensa nacional excepto cuando ocurría un crimen, se declaraba un incendio forestal incontrolable o se descubría que el alcalde de turno había utilizado la tarjeta de crédito o las cuentas del ayuntamiento con fines particulares. Así que el redactor se introdujo directamente en la casa consistorial con pocas esperanzas de sacar algo noticioso. Reclamó ver al regidor y pocos minutos después se encontraba ante él. Este era un hombre mayor, de cara ajada, con un cigarrillo de tabaco negro adherido a los labios, comunista huido a Francia y regresado en los albores de la democracia. Se llamaba José Pérez, amaba profundamente a su pueblo y encabezaba un ayuntamiento partido por la mitad. Si Carabaña tenía en aquellos días mil habitantes — que los tenía, uno arriba uno abajo—, quinientos eran de derechas y otros quinientos, de izquierdas. Todo estaba paralizado, nada se podía aprobar y cualquier decisión provocaba inevitablemente la reacción, a veces virulenta, de la otra parte. Nacionales y rojos, lo de siempre. Como si el tiempo se hubiese detenido en aquel municipio de la vega. Y el pueblo sin barrer.

Pérez miró al periodista con desgana.

—Aquí no hay nada. Solo rencillas y mala leche.

—Algo habrá, hombre: algún desfalco, algún proyecto, alguna barbaridad...

—Nada. Tierras, cultivos, una fábrica abandonada, un río medio seco, señoritos y piedras viejas.

—¿Piedras viejas?

—Sí, una necrópolis visigoda con doscientos enterrados que estudiaron los nazis en los años cuarenta y que se llevaron lo mejor. Pero aún nos quedan unos cuantos esqueletos. Los está mirando la Comunidad.

La noticia fue un éxito. Al día siguiente, televisiones, radios y periódicos se hicieron eco. Pérez era feliz. El pueblo aparecía en todos los noticiarios.

Pero cuarenta y ocho horas después, el redactor recibió una llamada del alcalde. «¡Lo han saqueado todo! ¡Han venido con detectores de metales y han reventado las tumbas! El consejero de Cultura está muy enfadado. ¡Qué desastre! En el pueblo los fascistas me quieren matar». El periodista se presentó en Carabaña pocas horas después. Se miraron. «Lo siento, no era mi intención. Nunca pude imaginar que al publicarlo...», le dijo. «Lo sé —le respondió el alcalde—. A lo mejor la culpa fue mía». Fuera, un grupo de vecinos gritaba contra el regidor delante de las cámaras de televisión y de los micrófonos de las radios. «Si es que no se puede estar callado. Se ha inventado lo de los nazis, cuando todo el mundo sabe que eran vecinos del pueblo de hace unos años. Qué visigodos ni visigodas. Comunista tenía que ser. Del odio que le tiene a Carabaña».

El periodista aprendió la lección. Nunca más volvería a revelar la situación de un yacimiento si no estaba seguro de su total protección. Y así pasaron los años, muchos, se dedicó a otras cosas hasta que, por una carambola del destino, fue destinado por su periódico a escribir sobre patrimonio histórico y los yacimientos de dentro y fuera de España. Un día recibió una oferta editorial: este libro.

En España, país arrasado durante la guerra de la Independencia e incapaz de mantener sus dominios en América, la arqueología nunca fue una prioridad. La nación, ajena por completo a las corrientes investigadoras de los países de su entorno, que enviaban misiones científicas más allá de Europa, buscaba fundamentalmente en la religión o en las leyendas las respuestas a lo que por casualidad se iba encontrando en los campos y ciudades del país. De osamentas de mastodontes a cascós romanos. Un batiburrillo de objetos que se guardaba sin orden ni concierto en casas particulares, conventos, gabinetes de curiosidades o iglesias, cuando no vendido al exterior o directamente robado. Lo de los museos tardaría mucho en llegar, hasta Carlos III. La España que amaba José Pérez^[1], la segunda nación europea tras Italia en monumentos históricos y yacimientos arqueológicos, ha sufrido en los últimos siglos una importante destrucción de su riqueza patrimonial. Guerras, ignorancia, avaricia y desarrollismo urbano han reducido el capital cultural del país a una enorme velocidad.

Tras la Guerra Civil, y con un Estado paupérrimo, el franquismo realizó en el siglo XX el segundo intento —hubo uno anterior entre los años veinte y treinta— de poner en valor el patrimonio nacional. Pero estos deseos chocaron pronto con la urbanización voraz del territorio y la llegada masiva de turistas. En los años cincuenta del siglo pasado, la alcazaba nazarí de Salobreña (Granada) no era más que un conjunto de escombros encaramados a un risco del municipio. Cada día, cada tormenta, cada expolio reducían el tamaño de la fortaleza y derribaban sus muros y almenas. El 22 de abril de 1949 se aprobó el Decreto para la Protección de las Fortificaciones Españolas, que buscaba recuperar los centenares de castillos abandonados. Se encargó al arquitecto conservador Francisco Pietro-Moreno su restauración. Ante el deplorable estado del baluarte musulmán, el alarife decidió empezar desde cero, así que derribó los muros que estaban en mal estado, los recreó, creó otros nuevos que

se ajustasen a las necesidades del turismo y de la población y confirió al conjunto un aspecto que no se correspondía con la realidad. Cuando en 2016, la Junta de Andalucía encargó a los expertos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) emprender unas excavaciones de urgencia en la fortificación, los arqueólogos se toparon con los destrozos que había provocado cincuenta años antes la *restauración*. Partes destacadas de la medina habían sido tapadas con grandes cantidades de arena, piedras y hasta con sillares de más de siete siglos de antigüedad. Todo el interior nazarí había sido derribado y sustituido por pavimentos modernos, cementos y jardines que no tenían nada que ver con esta fortaleza musulmana que había sido lugar de descanso de los reyes de Granada y que, en su tiempo, rivalizaba con la de Almuñécar.

Aunque pueda parecer lo contrario, Prieto-Moreno no actuó mal, sino que simplemente siguió los cánones de la época: convertir en visitable y rentable el castillo. De otro modo, posiblemente, no hubiera llegado hasta nosotros. Pero no fue solo la alcazaba granadina la que sufrió el desarrollismo, sino cientos de yacimientos por todo el país. Todo eso, sin contar lo que los desaprensivos o los conflictos bélicos arrasaron sin pudor. Cuando el ejército de Napoleón inició su retirada de Granada, el mariscal Jean de Dieu Soult ordenó volar la Alhambra. Fue el cabo José García, a quien le faltaba una mano, el que utilizó su propio cuerpo para apagar la mecha con la que los franceses pretendían convertir en polvo uno de los ejemplos más deslumbrantes de la arquitectura andalusí. Hoy una placa recuerda aquella gesta: «A la memoria del cabo de Inválidos José García que con riesgo de perder su vida salvó la Reina de los Alcázares y las torres de la Alhambra en 1812».

Sin llegar a estos extremos, o sí, numerosos expertos han investigado en España, casi en soledad y con absoluta incompreensión, el pasado y el patrimonio cultural. Por no decir incluso con rechazo y humillación personal, como el

que sufrió la arqueóloga Encarnación Cabré (1911-2005), que tenía que acudir a la Universidad Central —actual Complutense de Madrid— acompañada de su madre y de su tía para que el profesorado la recogiese en la puerta y la sentase en la primera línea de pupitres separada de sus compañeros varones. Los nombres de estos héroes y heroínas solo aparecen en las enciclopedias especializadas, en los libros científicos y en procelosos estudios de arqueología. Son los grandes olvidados por los mismos que ahora disfrutan, gracias a ellos, de atractivos parques arqueológicos o de monumentos sin parangón en el mundo.

Sin esforzados como Dimas Fernández-Galiano, Martín Almagro Basch, Juan Cabré, Julio Martínez Santa-Olalla, Antonio García y Bellido, Juan Catalina García o los más coetáneos como Alicia M. Canto, Mimí Rodríguez-Bueno, Jorge Morín, Manuel Ángel Rojo Guerra, Manuel Retuerce, Iván Noguera, Andrés Carretero, Enrique Baquedano, el submarinista Carlos Amores —sí, también hay arqueólogos con escafandra y bombona de oxígeno— y tantos y tantos otros, nada de lo que nos rodea sería igual. Con sus aciertos y sus errores, todos han trabajado y trabajan con un único objetivo: rescatar del olvido nuestra historia y explicársela a las siguientes generaciones. España puede sentirse orgullosa de ellos sin excepción ninguna.

Después de años de dedicarme a la divulgación periódica del patrimonio y de la arqueología, he llegado a la conclusión de que los lerdos visigodos se han convertido —de los muchos pueblos que llegaron a la península— en mis preferidos. Nunca alcanzaron la sofisticación de los árabes, ni la magnificencia de los romanos, ni siquiera el heroísmo y el valor de íberos o celtas. Solo se dedicaban a matarse entre ellos y a levantar palacios y basílicas que no han llegado íntegros hasta nosotros. En una única batalla, Guadalete, perdieron uno de los reinos más bellos de Europa, a diferencia de los musulmanes, cuya derrota definitiva obligó a más de siete siglos de luchas sin cuartel, lo que de-

muestra que el reino godo solo era nominal. Mientras los árabes dejaron tras su paso maravillas patrimoniales o los romanos, las raíces de una lengua que hablan hoy en día más de quinientos millones de personas, los bárbaros del norte nos legaron unas ruinas, unos pocos vocablos y la tradición multiseccular de matarnos unos a otros. Sin embargo, me atraen por su ineficacia y el desastre continuado de sus gobiernos. Me ocurre como a Juan Manuel Rojas, un humilde y perseverante arqueólogo —debe de tener raíces nuntinas—, que ha dedicado su vida profesional a resolver uno de los grandes misterios de esta septentrional cultura: qué pasó en los últimos días de su dominio. Rojas, que con su propio dinero mantiene orgulloso el Parque Arqueológico de Guadamur (Toledo), que disfruta enseñando a los niños la importancia de conocer el pasado, es uno de tantos expertos que, sin hacer ruido, imparte lecciones de dignidad a políticos y gestores. Como lo es el catedrático de la Universidad de Alcalá de Henares Lauro Olmo Enciso, que porta en la actualidad la llama del conocimiento que otros científicos de décadas y siglos anteriores le traspasaron para que siguiera investigando Recópolis, la gran ciudad palatina que los descerebrados visigodos levantaron en un pueblecito de Guadalajara. Como un niño pequeño, recrea con sus manos los restos de la vieja capital mientras te hace caminar a pleno sol por unos senderos escoltados por unas pocas piedras labradas. Pero, al cabo de un rato, terminas viendo todo lo que él pergeña, incluso el pasear solemne del rey Leovigildo, con sus manos a la espalda, mientras supervisa la construcción de su ciudad.

Me he esforzado por entender lo que aquellos hombres y mujeres de camisas y pantalones anchos con bolsillos a mitad del fémur intentan transmitir mediante un lenguaje repleto de tecnicismos y datos históricos muy difíciles de retener. Recuerdo en una visita a la impresionante villa romana de Noheda (Cuenca) una conversación con el director de las excavaciones, el profesor de historia antigua de la

Universidad de Castilla-La Mancha, Miguel Ángel Valero. Yo miraba aquellas figuras elaboradas con miles de teselas multicolores y solo veía la imagen de lo que pensaba que eran divinidades o personajes de la Roma o Grecia clásicas. Valero, con infinita paciencia, me relataba la vida y las hazañas de cada una de las figuras y me mostraba un mundo oculto para la mayoría y que, al final, me terminaba apasionando. Vi cómo la diosa Atenea hablaba sin mover los labios y Pélope describía el amor con solo una mirada.

Este libro es un homenaje a los cientos de profesionales que mal retribuidos —la inversión media anual por excavación en España ronda los dieciocho mil euros, aunque sea difícil de creer— pasan sus veranos con una espátula y un pincel levantando milímetro a milímetro los yacimientos que estudian. También a los estudiantes y a los trabajadores que acarrear los materiales. He intentado *traducir* lo que los especialistas expresan con vehemencia, enmarañados en abundantes datos a veces complicados de desentrañar, y un recuerdo a quienes se dejaron incluso la vida buscando lo que nuestros antepasados nos legaron como fruto de su existencia.

Resulta imposible simplificar y seleccionar las decenas de miles de yacimientos arqueológicos que se extienden por España. Del Calcolítico a la Guerra Civil, todos desprenden un relato histórico increíble. No es más humilde ni menos interesante un fondo de cabaña que un adarve medieval, una tesela desprendida de un mosaico que un puñal de la Edad del Bronce. Tras todos ellos se ocultan años de trabajo y de investigación científica que he pretendido resumir en veintiún capítulos. Tarea imposible, cuando no presuntuosa. Todos los datos, absolutamente todos los datos que aparecen en este libro son fruto de la investigación de profesionales que provocan mi mayor admiración. He intentado reseñar las fuentes de donde los he extraído y me disculpo por las que pueda haber olvidado sin ninguna mala intención. Pido perdón también por los errores que en la

«traducción» de las palabras de los expertos pueda haber cometido. Lo he intentado hacer con honradez, ajustándome lo máximo posible a sus estudios y homenajear a una comunidad científica no lo suficientemente reconocida por la sociedad. Ya lo dice el aserto italiano: «*traduttore, traditore*». Al fin y al cabo, solo soy un periodista sumergido en una historia apabullante, desconcertante y apasionante. Posiblemente, la más sangrienta, despiadada, heroica y sublime del mundo. La nuestra.

CAPÍTULO 1

CERRO DE LOS BATALLONES: EL GATO QUE SALVÓ AL TIGRE DE DIENTES DE SABLE

La culpa de que el directivo de la mina no durmiese aquella noche del 8 de julio de 1991 fue de los gatos y de su invertebrada costumbre de hacer sus necesidades siempre en el mismo lugar. Estos pequeños felinos poseen unas características higiénicas muy definidas. Comienzan lamiéndose las patas delanteras, luego siguen con los laterales y las traseras y, finalmente, acaban limpiando su cola. Además, eligen siempre un lugar pulcro, pero marcado ya con sus feromonas, para miccionar y dejar claro a posibles competidores que esa parte del territorio ya está ocupada. Así que si el dueño del animal pone a disposición del minino una plataforma seca y aseada, este terminará haciendo sus cositas en el mismo sitio día tras día. Más o menos de esta manera nació la idea de crear las llamadas camas de gato y, en consecuencia, el insomnio del ejecutivo.

El problema de las primeras camas estribaba en hallar un material absorbente que evitase que los efluvios de los orines se extendieran por los hogares. La solución se encontró en un mineral poroso, del grupo de los fosilicatos, llamado sepiolita o espuma de mar: atrapa cualquier líqui-

do que caiga sobre él y retiene los olores. La sepiolita posee, igualmente, otra cualidad menos hogareña: cualquier ser vivo que fallezca sobre ella, queda congelado en el tiempo.

Y eso exactamente era lo que impedía que el ejecutivo de la mina de Torrejón de Velasco, en Madrid, descansase: las perforaciones y excavaciones de la empresa para la que trabajaba, Tolsa, habían tocado en hueso. Literalmente. Las enormes taladradoras extraían la sepiolita mezclada con unos enormes elementos óseos que nadie sabía a qué correspondían.

Gigantescos fémures, descomunales quijadas, voluminosos cráneos de seres ignotos, afilados dientes de más de diez centímetros de longitud amalgamados con un mineral, entre verde y marrón claro, se esparcían a los pies de los operarios que manejaban las perforadoras. La pala excavadora hincaba a continuación sus fauces metálicas sobre aquellos restos y los vertía en los sucesivos camiones que esperaban su turno camino del vertedero de cerro Almodóvar, al sur de la capital.

—Nos comentan los jefes que serán huesos de burros o de cerdos de alguna granja abandonada hace tiempo. Que no nos preocupemos —dijo el trabajador que manejaba el ingenio perforador cuando el conductor del camión le preguntó por aquellas enormes osamentas que se distinguían en su volquete entre los montones de tierra que estaba a punto de transportar.

Pero aquellas explicaciones, que ya corrían entre los operarios de la mina, no calmaban la conciencia de uno de los directivos de la empresa. Sus superiores no le hacían caso cuando les explicaba que él pensaba que estaban destruyendo algo importante. Que se veía a primera vista. Que miraran los huesos. Que por favor. Que eran descomunales. No, no podían ser de una vieja explotación agraria. Así que decidió telefonar a la central de la multinacional minera y les expuso sus dudas. La respuesta fue la misma: restos de

animales de alguna alquería que habría por el lugar. Que no se preocupase, que no cabía duda. Colgó con ira.

Volvió entonces a observar las excavadoras a través de la cristalera de su oficina a pie de obra. Los camiones continuaban cargando el material que se extraía de la tierra arcillosa. Se aflojó el nudo de la corbata, se remangó, se calzó unas botas y se acercó al volcán de huesos. Se agachó, cogió el trozo que le pareció más extraño —una especie de quijada enorme con dientes puntiagudos— y se lo llevó bajo la chaqueta.

«¿Qué narices será esto? Pero de un burro o un cerdo, no», pensó.

Al acabar la jornada, volvió a la casa que compartía en el centro de Madrid con el periodista Javier González Pérez. El alquiler no cesaba de subir y las viviendas ya resultaban muy caras. La burbuja inmobiliaria de los noventa estallaría solo dos años más tarde. González era miembro de una banda de rock y volvía, casi siempre, muy tarde. Tras una noche de concierto, sobre las tres de la madrugada, se encontró a su insomne compañero de piso en la cocina.

—Pero ¿qué haces levantado a estas horas?

—No puedo dormir. Hemos dado con algo importante en la mina y lo estamos destruyendo. Estoy casi seguro. ¿Qué hago?

Varias horas y cafés después, acordaron llamar a un periodista de *El País* compañero de la universidad de González. Él sabría a quién consultar. Solo habría que entregarle aquel extraño trozo de mandíbula de puntiaguda dentadura y dejarle actuar.

El subdirector del Museo de Ciencias Naturales, Jorge Morales, era incapaz de resolver todos los expedientes que se le acumulaban sobre la mesa. La tradicional falta de presupuesto y de personal de las administraciones obligaba a los funcionarios a alargar sus jornadas si querían que los montones de documentos a los que se enfrentaban termi-

nasen disminuyendo de altura. Por eso, Morales se encontraba en el despacho cuando sonó el teléfono que descansaba sobre la mesa. Un periodista, sin cita previa, se hallaba en la puerta y reclamaba verlo con urgencia, le informó el bedel. Morales miró la montaña de expedientes a la espera, le dolían los ojos, unos minutos de charla no le vendrían mal para descansar. Accedió a recibir al joven redactor y, sin saberlo, cambió la historia de la paleontología española para siempre.

Se sentaron frente a frente. Se saludaron y el paleobiólogo preguntó con sequedad:

—¿Y?

El reportero no respondió nada. Solo abrió la desgastada bolsa de El Corte Inglés que había dejado sobre la mesa para que el experto examinase aquel extraño trozo óseo que contenía. El subdirector abrió los ojos con sorpresa, tomó el hueso y lo acercó a sus gruesas gafas. Como oliéndolo. Como un ratón ante el queso dispuesto a morderlo. Comenzó a repasar lentamente con el dedo cada uno de los afilados dientes de aquella mandíbula. «Extraordinario», dejaron salir sus labios.

Miró al periodista fijamente.

—¿De dónde has sacado esto? ¿Sabes qué es?

—No.

—Por favor, dime quién te lo ha dado o llamo a la Guardia Civil. Esto no es una broma.

—Vale, vale. Pero me quedo con la exclusiva.

—De acuerdo. Has traído un trozo de mandíbula de *Amphicyon*.

—¿Y eso qué es?

—Una especie extinguida hace millones de años, algo parecido al cruce de un oso y un lobo. Casi no hay en el mundo.

A primeras horas de la mañana siguiente, el periodista se acercó al Museo de Ciencias Naturales. Dos todoterrenos le esperaban nerviosos en la puerta del edificio oficial.